

fida á muerte, como las ideas de su dueño, contra todas las tiranías y contra todas las pomadas y cosméticos."

Florencio, ya lo hemos dicho, fué de un carácter benévolo y amable. Con sus amigos gustaba de chancearse, y era un gran tomador de café. A la vez que llenaba cuartillas tras de cuartillas de original para *El Monitor*, sorbía grandes tragos del oscuro líquido, que en una gran cafetera nunca le faltaba en su mesa de escribir. Sus amigos le llamaban el *Genio*, y en más de una ocasión, que no tuvo para satisfacer su placer favorito, les dijo: —"Si queréis que algún día la Gloria cuente que dábais café al Genio, enviad y que se lo traigan."

Todo lo que ganaba lo llevaba á su madre, por quien tenía verdadero culto, y muchas veces se le vió privarse de libros, de dulces ó de café, sus tres cosas predilectas, con tal de que aquella tuviese algún dinero.

Nos falta espacio para describir aquel carácter en todos sus recónditos secretos. Quien

quiera conocerlo, lea las biografías que de él escribieron Altamirano y Ortiz, y de las que hemos tomado nosotros todos los datos aquí consignados.

Imposible es también que juzguemos aquí al escritor y al novelista; ni la índole de este libro nos lo permite, ni haríamos otra cosa que repetir lo que ya han dicho otros eminentes literatos.

Colocamos á Florencio María del Castillo en esta galería de ilustres mexicanos, por haberse hecho acreedor á ello, como liberal, como escritor político y como mártir de la Intervención francesa.

El fué uno de los representantes de la bohemia literaria de la Reforma y de la Intervención, de esa bohemia que tantos servicios prestó con sus talentos prodigiosos á la causa de la libertad y de la Patria, y de la que fué el centro y el maestro el gran Ignacio Ramírez.

LUIS GONZALEZ OBREGON.

GREGORIO MÉNDEZ.

1836.—1887.

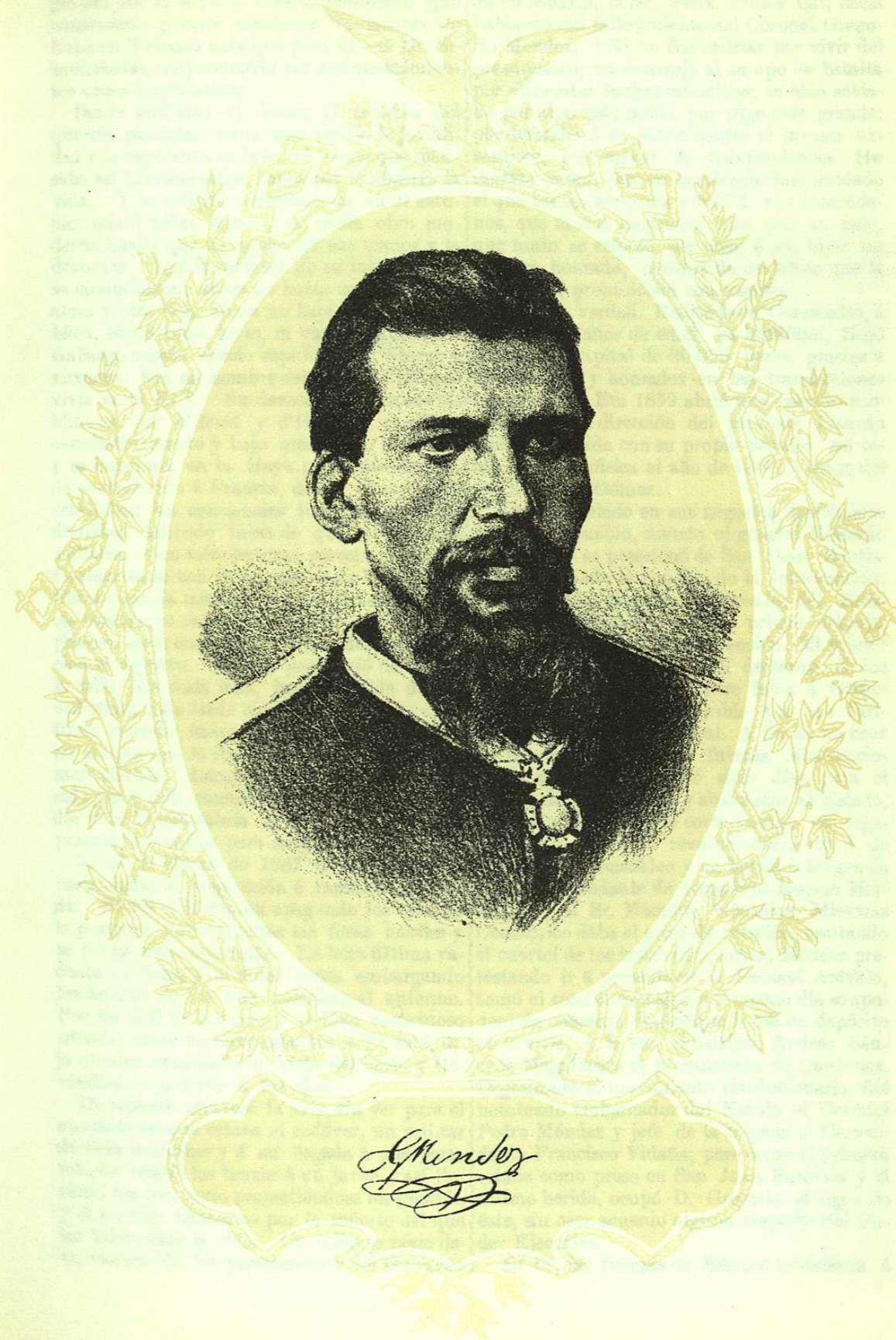
TRES años antes del de su muerte, al caer la tarde, acostumbraba vagar por el Zócalo y el jardín de Catedral, flacucho, cabizbajo, cargado de hombros, haciéndole arrugas el traje por todo el cuerpo y apoyado en un bastón andaba trabajosamente, porque un reuma se le había declarado en rebeldía, paralizándole las articulaciones de las rodillas; así es que para poder andar daba zancadas haciendo grandes esfuerzos. Luego que el sudor le bañaba la frente, volvía jadeante á su hogar, ya entrada la noche casa número 4 de la calle del Ex-Seminario, y cenaba para tomar la cama. En el trayecto muchas cabezas se le descubrían y contestaba con mucha familiaridad, pronunciando un nombre propio y tuteando al sujeto. En la casa una turba de jóvenes de Tabasco le hacían á su llegada agasajos de padre y entonces el enfermo perdía su gravedad por la satisfacción de tanto cariño y chanceaba y reía con todos ellos, que le formaban corro. A veces su frente serena se nublabá, contraía los labios, fijaba los ojos y prorumpía en regaños paternales contra algún joven.

Y era porque á quien así reconvenía había faltado en el día á la oficina en que estaba em-

pleado ó á la asistencia de sus clases; porque ese hombre, en medio de sus crueles dolencias, se informaba día con día de la conducta de los menores que vivían á su lado y que le tenían por tutor de orden de sus padres, unos hacendados y comerciantes tabasqueños que profesaban mucho respeto y confianza á D. Gregorio. Por esos días *El Socialista*, *La Epoca*, *El Hijo del Trabajo*, *El Monitor Republicano*, *El Diario del Hogar* y *La Patria* le postulaban para gobernador del Estado de Tabasco. —"Es en vano; yo no he de ser.—¿Por qué, D. Gregorio, si hasta en San Juan Bautista lo postulan?—le replicaba uno de tantos.—Porque las elecciones ya no las hace el pueblo.—Su- póngase usted que nó, pero aun los del mismo Gobierno del Estado quieren á usted; además, usted ha sido gobernador y lo conocen.—Precisamente por eso no lo seré. Yo goberné en tiempo de Juárez, cuando se gobernaba con la ley."

Pasaban meses y le llovían cartas de los Estados, en las que, personas caracterizadas, le manifestaban la conveniencia de que fuera electo, protestando prestarle toda clase de apoyo. Vinieron las elecciones; todo el mundo lo señalaba como el futuro gobernante, porque

"Liberales Ilustres Mexicanos."



en el Estado no había figura más simpática y grande que la suya, y resultó nombrado ¡qué contraste!—porque elecciones verdaderas no hubo en Tabasco más que para él—el Dr. Simon Sarlat, muy conocido por sus merecimientos como imperialista.

Desde entonces vi decaer el espíritu del querido patriota: como que perdía la jovialidad y la esperanza en la salud, como que rehúsaba ser comunicativo, como que le aburría la vida. Y se refugió abiertamente en el estudio: leía á todas horas y no había obra moderna buena que no cayera en sus manos y la devorase. Los horizontes de su incredulidad se ensancharon; antes no había en ellos Dios, alma y otra vida; ahora no había ni aun república, liberalismo, leyes, ni virtud alguna; sin embargo seguía siendo republicano, liberal y virtuoso. Era un hombre del siglo XVIII que vivía en el XIX. Su devocionario era esa biblioteca que Diderot y d'Holbach escribían clandestinamente y bajo pseudónimo en París y se imprimía en la Haya para introducirla de contrabando á Francia, donde, al ser leída, estallaban las conciencias timoratas y empedernidas, saliendo fuera de quicio el mismo Voltaire. Con tales lecturas parecía pretender familiarizarse con la derrota en la batalla que libraba con la muerte; la hora decisiva se hacía esperar; su enfermedad iba de mal en peor: primero tenía enfermo el cuerpo, después también el espíritu. Poco á poco dejó de salir á la calle, leía nada más, haciendo vida de benedictino; más tarde cayó en cama, pero continuó leyendo; luego ya no pudo ni leer. A los amigos que lo iban á ver les hablaba por monosílabos. Laceraba la tristeza de su mirada, fija y más cuando se le caían los párpados y se le entreabría la boca, como que se preparaba á callar para siempre.

El 27 de Marzo de 1887 tenía afilada la nariz, lenta la respiración é inmóvil la mirada. El 28 se le fueron apagando los ojos, se le pusieron pulverulentas las fosas nasales y se perdió toda esperanza. La hora última vacilaba en llegar y el dolor venía embargando los ánimos de los que rodeaban al enfermo. Por fin dejó de boquear y se hizo respetuoso silencio entre los circunstantes.—Ya está, dijo alguien apartando la vista del lecho y llevándose el pañuelo á los ojos.

De repente atravesó la sala, sin ver para el aposento en que estaba el cadáver, un militar de todo uniforme y á su llegada á una pieza interior tendió los brazos á un joven y así lloraron los dos, como prometiéndose resignación y el ser más hermanos por la muerte del que había dado la vida. Un valiente perióta, víctima de las persecuciones del Gobierno

de Tabasco en San Juan Bautista y desterrado en México, el Sr. Felix Trilles Gil, decía hablando del fallecimiento del Coronel Gregorio Méndez: "El no fué militar por vivir del presupuesto; no se arrojó al campo de batalla por alimentar luchas intestinas; se hizo soldado por algo más noble, por algo más grande: por defender á su patria contra el invasor extranjero, por salvar su independencia. Ha muerto pobre, casi en la miseria, casi olvidado el que tantos servicios prestó á sus conciudadanos, que tantos sacrificios hizo por su país, que tanto se esforzó por dejar á sus hijos un nombre honrado, nombre de un héroe que la posteridad pronunciará con respeto.

Y era la verdad. Radicado en Comacalco, á los dieciséis años de edad, ya huérfano, llegó á hacer un capital de 30,000 pesos, gracias á su actividad y honradez en las transacciones mercantiles. Em 1859 abrió una escuela nocturna bajo la dirección del profesor Joaquín Ara y sostenida con su propio peculio, así como otra de música el año de 1860, á cargo del Sr. Ezequiel Gómez.

Vivía embebido en sus negocios, haciéndose querer del pueblo, cuando el general Eduardo G. Arévalo se posesionó de San Juan Bautista, enarbolando la bandera de la Intervención. D. Victoriano Dueñas, Gobernador del Estado, no opuso resistencia y al primer empuje el 30 de Junio de 1863 fué vencido. El primer paso que dió Arévalo fué el desterrar á los ciudadanos de prestigio, entre éstos á Gregorio Méndez, del que bien sabía que era furibundo republicano y liberal. A fin de no caer en manos del jefe de las fuerzas intervencionistas, quien le concedió siete días para el arreglo de sus negocios y abandonar al Estado, Méndez aprovechó este corto tiempo en organizar el movimiento revolucionario del 8 de Octubre en Comacalco y en buena inteligencia con el Comandante de escuadrón Regino Hernández y el Sr. Mamerto González. Mientras Comacalco daba el grito de rebelión, asaltando el cuartel de los intervencionistas, Méndez pretendió ir á presentarse al General Arévalo, tomó el camino de Jalpa y el mismo día se apoderó de cuarenta fusiles que había en depósito en la villa. A la vez, el patriota Andrés Sánchez Magallanes se pronunciaba en Cardenas. Organizado el movimiento revolucionario, fué nombrado Gobernador del Estado el Coronel Pedro Méndez y jefe de la brigada el Comandante Francisco Vidaña; pero como el primero estaba como preso en San Juan Bautista y el último herido, ocupó D. Gregorio el lugar de éste, sin caer acuerdo alguno respecto del Poder Ejecutivo.

El 13, las fuerzas de Méndez se unieron á

las de Sánchez Magallanes, reconociendo espontáneamente á D. Gregorio como jefe superior. Arévalo, para difundir terror, puso á precio las cabezas de los dos jefes: mil pesos por cada una.

Tal era el patriotismo que los animaba á todos, que muchas veces, para subvenir á las necesidades de la tropa, abrían suscripciones los oficiales y otras veces la misma tropa empleaba su prest en la compra de municiones. Un campesino, Gregorio Sánchez, dió cien pesos á Méndez y le presentó á un hijo suyo para soldado raso. Cerca Arévalo de Comalcalco, los republicanos, muy contados aún, se retiraron á Cárdenas. Y mientras avanzaba hácia Cunduacán, decididos á probar suerte, le formaron emboscada en el punto denominado El Jahuactal, á la salida de la población y rumbo á San Juan Bautista. Arévalo llevaba infantería, caballería y artillería bien provistas, en tanto que Méndez iba mal armado; sin embargo, empeñado el combate á quemarropa y pasada una y media hora, el Capitán Antonio Reyes Hernández, agotado el parque de la 1.ª compañía de Cárdenas, se arrojó sobre el enemigo, saliendo del bosque, y rompió un fuego granado que le dió la victoria á Méndez. Al principio, apenas rotos los fuegos, el sargento Jacinto López, á la cabeza de su guerrilla y machete en mano, se había lanzado sobre la artillería, hasta teparle la boca á un cañón, cuyo último disparo puso fin á la preciosa vida del valiente, pero no sin caer el cañón en poder de las fuerzas republicanas.

El Coronel Lino Merino se había pronunciado en el Partido de la Sierra y el Capitán J. Inés Cruz en el Departamento de Pichucalco; el levantamiento contra la Intervención ardía en el Estado y el de Chiapas, donde habían derrotado al traidor Juan Ortega. Estas victorias obligaron á Méndez á ir dirigiendo sus fuerzas para San Juan Bautista, centro de operaciones de Arévalo; y le fué formando un círculo de plomo y fuego, primero cubriendo las principales salidas de la ciudad, luego declarada en sitio y sosteniendo repetidos y desesperados empujes durante largos días.

Cuando Arévalo perdió la esperanza de romper el sitio, desembarcó el General Manuel Díaz de la Vega y tocó parlamento el 20 de Enero de 1864, presentandose á Méndez una comisión compuesta de los Sres. José Julián Dueñas, Juan Sánchez Roca, Juan Ruiz y el Coronel José M. Adalid, y le manifestaron que debía ponerse trance á la guerra y someterse el Estado al Imperio. A esto contestó: "que el pueblo tabasqueño al empuñar las armas lo hacía para defender los sagrados derechos de la patria; que le inspiraban grandes principios de

justicia y no ambiciones personales; que no venía frente á las bocas de fuego enemigas á esconderse un tirano, sino á defender la autonomía nacional, y que el solo medio de entender, era rendir la plaza sin condición alguna."

Los intervencionistas, en número de 700, abandonaron á San Juan Bautista el 27 de Febrero, después de reñidos encuentros. Refugiados algunos en Frontera y hostilizados por 60 hombres, al mando del Comandante Regino Hernández, se hicieron á la mar el 1.º de Abril. Pero aún había restos del enemigo en el Estado: Juan Ortega y el fraile Chanona estaban con 200 hombres apoderados de Jonuta. Los comandantes Miguel Utrilla y Federico Alvarez, de orden de Méndez, los batieron y derrotaron el día 19. Así quedó el Estado vuelto al orden constitucional y regido por D. Felipe J. Serra.

"Mi misión estaba cumplida—dice el Sr. Gregorio Méndez en su *Reseña Oficial*—y entonces creí oportuno retirarme á la villa de Comalcalco al seno de mi familia, dejando al Gobierno francas y expeditas todas las vías para la organización del Estado y aseguramiento de sus medios de defensa. Vana y ridícula sería la pretensión de crearme autor de los sucesos que se desencadenaron en Tabasco en la defensa de la independencia nacional. Ellos fueron obra exclusiva del concurso de los esfuerzos de los hijos de Tabasco. Nadie fué allí egoísta. Mientras que los guardias nacionales combatían casi sin armas, sin municiones y sin prest, los propietarios contribuían con sus productos agrícolas para subvenir á las necesidades naturales del soldado y con sus escasos recursos pecuniarios para proveer á la adquisición de elementos de guerra. El pueblo de Tabasco luchó en masa y suyo fué el triunfo."

Dos decretos del cuartel general de la línea de Oriente, el uno que declaraba en estado de sitio á Tabasco y el otro que designaba Gobernador y Comandante militar del Estado á Méndez, le arrancaron del hogar el 3 de Octubre de 1864 para recibir el mando al siguiente día. Lo primero que hizo apremiado por las difíciles circunstancias, fué fortificar á San Juan Bautista y sus inmediaciones, establecer tres líneas militares y organizar el mayor número de guardias nacionales, para resistir por los puntos más accesibles. De manera que Tabasco estaba inexpugnable en días que se vivía á merced de los franco-traidores en Oaxaca, Campeche Mérida y el Carmen.

Para tener oportunos y seguros auxilios, pactaron Veracruz, Chiapas y Tabasco una coalición, siendo jefe el general Alejandro García; pues meses antes, el 5 de Marzo de 1865,

se habían acercado á San Juan Bautista dos cañoneras francesas.

Era religioso el respeto que Méndez tenía al pueblo y una muestra de ello es que al recibir los decretos del 8 de Noviembre de 1865, expeditos por el Supremo Gobierno en Paso del Norte, y por los que se proroga la el período presidencial, para promulgarlos en el Estado, convocó un plebiscito en todas las poblaciones, porque supo que González Ortega había protestado. Se acordó reconocer por único poder legítimo de la República el que ejercía D. Benito Juárez y elevarle un voto de suprema confianza.

Unas veces ocupada por los imperialistas, en jefe el Teniente Coronel Daniel Traconis y por disposición de Salazar Ilarregui, y otras tantas recuperada la villa de Jonuta por los republicanos, el 17 de Abril de 1866 fué el mismo Méndez en persona, siendo Gobernador del Estado, á la cabeza de la sección de Oriente y la tomó después de reñido combate. Como el Imperio ganaba terreno en Campeche, Méndez proporcionó á D. Pablo García, encargado constitucionalmente del Poder Ejecutivo del vecino Estado, á su arribo á San Juan Bautista, buen número de fuerzas bien municionadas para desalojar al enemigo y ocupar su puesto. El prestigio de García favoreció una insurrección en Yucatán y vino el triunfo de los republicanos en Campeche y Mérida.

El vapor *Conservador* protegido por la cañonera *Pique* y ejerciendo la piratería en Frontera, bajo pretexto de hacer veces de aduana marítima, acosado por 100 hombres al mando del capitán Pablo Romero, ganó mar adentro el 20 de Noviembre.

Hecha la paz en todo Tabasco, Méndez renunció el Gobierno del Estado el 6 de Junio de 1867 y lo entregó á D. Felipe J. Sierra. Dice en su *Reseña Oficial*: "Con la conciencia de haber llenado una santa obra, me retiré al seno de mi familia. Mi mayor recompensa la cifraba en ver á mi patria libre de la usurpación extranjera... Tabasco no luchó inspirado por ningún deseo de engrandecimiento egoísta, su estandarte fué el de la nación y á él solo pertenece la gloria de haberse levantado sobre su pequeñez, llevando la guerra á la poderosa Península de Yucatán." Con este motivo manifestaba:—"No sé si me porté bien ó mal: mis actos lo dirán."

A fines de aquel año vino á México y entregó solemnemente á Juárez las banderas francesas quitadas en Tabasco, y el Presidente de la República le extendió el despacho de Coronel efectivo del Ejército Nacional y lo premió con la cruz de 1.ª clase. Solicitó entonces su retiro para ir á vivir vida privada en Comalcalco.

Jefe de reemplazos en Tabasco el año 1871,

se incorporó más tarde á la brigada del General Luis P. Figueroa, que operaba en Veracruz, y fué Comandante militar de Tuxtepec, donde derrotó á los pronunciados. Una vez en Papaloapan, el coronel Exiga se pronunció con unas compañías del 4.º Batallón y Méndez penetró solo al cuartel y volvió todo al orden con su presencia, desarmando él mismo en persona á Exiga.

Del 15 de Noviembre de 1873 al 1.º de Enero de 74, mandó las infanterías en la pacificación del Estado de México. Al siguiente año, el 8 de Abril, tuvo á su cargo la Comandancia militar de Acapulco. El 25 de Agosto de 1876 era Jefe Político y Comandante militar de Orizaba. Allí fundó el Asilo de mendigos, á su llegada de Ajalpan, ya como jefe del primer batallón de infantería.

Volvió á ser jefe de reemplazos, primero en Yucatán el año 78 y luego en Tabasco. Después vino á radicarse á México. Por todas partes dejó recuerdos impercederos de sus virtudes; jamás hubo alguien que le negase su rectitud y honradez; se hizo querer siempre por sus actos y en su conducta gubernativa no tuvo más mentor que la ley.

Sus padres, D. Quirino Méndez y la Sra. Petra Magaña, no desearon desde el nacimiento del gran liberal en la villa de Jalpa, el 27 de Marzo de 1836, más que hacer de él un comerciante ó un agricultor laborioso y honrado, pero patriota.

Entró rico á ocupar el Ejecutivo del Estado de Tabasco y otros puestos que le confió la nación y salió sumamente pobre: á su muerte no había ni para sepultarlo; por eso duerme en humilde fosa en el panteón de Dolores que humildemente y con una rectitud incomparable, siendo Gobernador y Comandante militar de Tabasco, dijera al general en jefe de la línea de Oriente, después del triunfo que con tanta gloria alcanzó en Jonuta el 17 de Abril de 1866: "Al conceder la vida y libertad á la tropa y oficiales enemigos, creo haber obrado de acuerdo con la generosidad y clemencia del pueblo que represento; más si en ello hubiese alguna responsabilidad por mi parte, estoy pronto á someterme á sus disposiciones y á contestar los cargos que puedan hacerseme."

¡Ah, si fuera posible despertar á los muertos, Méndez no preferiría la vida al ver gobernando á Tabasco al Dr. Simón Sarlat y á Yucatán al Coronel Daniel Traconis, los dos que defendieron al Imperio en los mismos Estados que ahora gobiernan, cuando él defendía la República!

ANGEL POLA.